

TEORIZANDO EL MUNDO CONTEMPORÁNEO: ROBERT BRENNER, GIOVANNI ARRIGHI Y DAVID HARVEY¹

Bajo el Volcán, año 2, no. 4 digital, mayo-noviembre 2021

Moishe Postone
Traducción: Anna-Maeve Holloway

Recibido: 16 de junio de 2020

RESUMEN

En este artículo, Moishe Postone busca entender las transformaciones económicas, sociales y culturales de las últimas décadas a partir de una teoría crítica adecuada al mundo contemporáneo. El análisis de Postone se desarrolla en el marco de su crítica a las teorías de Robert Brenner, Giovanni Arrighi y David Harvey; perspectivas teóricas que, también, han intentado comprender las transformaciones del capitalismo en la actualidad.

Palabras clave: Capitalismo, valor, capital, crisis, teoría crítica.

ABSTRACT

In this article, Moishe Postone tries to understand the economic, social, and cultural transformations of the last decades based on a critical theory adequate to the contemporary world. Postone's analysis takes place within the framework of his critic of theories by Robert Brenner,

¹ [Nota de los eds.:] Este texto fue publicado como un capítulo en el libro Albritton, Robert; Jessop, Bob y Westra, Richard (Eds.) (2010). *Political Economy and Global Capitalism. The 21st Century, Present and Future*. Nueva York: Anthem Press. Agradecemos a Christine Achinger la autorización para traducirlo y publicarlo en este número especial.

Giovanni Arrighi, and David Harvey. These theoretical perspectives also try to understand the transformations of actual capitalism.

Keywords: Capitalism, Value, Capital, Crisis, Critical Theory.

Es ampliamente sabido que el orden social, político, económico y cultural que caracterizó al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial ha dado un giro significativo en las tres últimas décadas. Entre los cambios fundamentales se encuentran el debilitamiento y la transformación de los estados de bienestar en el Occidente capitalista, el colapso o la transformación fundamental de los estados-partidos burocráticos en el Este comunista y la erosión de los estados en vías de desarrollo en lo que antes se llamaba el Tercer Mundo. En líneas más generales, las décadas recientes se han caracterizado por el debilitamiento de la soberanía económica nacional y estadocéntrica, así como por la emergencia y consolidación de un orden global neoliberal. Por un lado, la vida social, política y cultural se ha vuelto cada vez más global; por el otro, está cada vez más descentrada y fragmentada.

Estos cambios han ocurrido en el contexto de un largo periodo de estancamiento y crisis: desde inicios de los años setenta, el crecimiento de los salarios reales ha disminuido dramáticamente, los salarios reales –en líneas generales– no han cambiado, las tasas de ganancia permanecen inalteradas y los índices de productividad laboral han disminuido. Sin embargo, estos fenómenos de crisis no han llevado a un resurgimiento de los movimientos de la clase obrera. Al contrario, durante las últimas décadas los movimientos obreros clásicos han entrado en declive y nuevos movimientos sociales han surgido, a menudo caracterizados por la política de la identidad, como movimientos nacionales o de política sexual y diversas formas de “fundamentalismo” religioso. Entonces, si queremos comprender las grandes transformaciones que han ocurrido en las tres últimas décadas, hemos de abordar no sólo la larga recesión económica que comenzó a principios de los años setenta,

sino también los importantes cambios que se han dado en la naturaleza de la vida social y cultural.

Es en el marco de esta problemática que quiero tratar tres obras muy importantes –las de Robert Brenner, Giovanni Arrighi y David Harvey–² que intentan lidiar con las transformaciones actuales. Este ensayo aspira a ser preliminar. No pretende proporcionar un análisis crítico definitivo de la obra de estos tres autores; más bien aborda obras específicas a nivel metateórico, concentrándose en sus suposiciones teóricas para poder debatir la naturaleza y las características de una teoría crítica adecuada del capitalismo actual.

¿Por qué una teoría del capitalismo o –mejor– una teoría del capital? Permítanme comenzar con algo que Harvey y otros han notado en cuanto a la era de prosperidad de la posguerra: durante el período 1949-1973, los estados occidentales forjaron un crecimiento económico estable y cierto nivel de vida siguiendo un mismo patrón –una mezcla de estatismo de bienestar, gestión keynesiana y control de las relaciones salariales–, aunque se encontraran partidos muy diferentes en el poder (Harvey, 1989: 135). Se podría añadir que la síntesis del estado de bienestar se desplegó en todos los estados occidentales y, luego, se replegó en los años setenta y ochenta, independientemente del partido que se encontrara en el poder.

Estos desarrollos históricos a gran escala pueden, a su vez, considerarse en el marco de un patrón histórico más amplio: el del auge y la caída de la organización estadocéntrica de la vida socioeconómica o de la aparente primacía de lo político sobre lo económico. Los inicios de este periodo se ubicarían aproximadamente en la Primera Guerra Mundial y en la Revolución rusa; su caída, en la crisis de los años setenta y la emergencia subsiguiente de un orden global neoliberal. Esta trayectoria general fue global. Abarcó los países occidentales capitalistas y la Unión Soviética, así como las tierras colonizadas y los países descolonizados. Cuando

² Ver Brenner, 1998; Arrighi, 1994; y Harvey, 1989.

se toma en consideración esta trayectoria general, las diferencias en el desarrollo parecen inflexiones diferentes de un mismo motivo, más que acontecimientos fundamentalmente diferentes. El carácter general del modelo histórico a gran escala que dio forma a gran parte del siglo XX sugiere la existencia de imperativos y restricciones estructurales dominantes que no se pueden explicar adecuadamente en términos locales y contingentes.

La consideración de los motivos históricos generales que caracterizan el siglo XX, entonces, cuestiona las interpretaciones posestructuralistas que ven la historia como algo esencialmente contingente. Sin embargo, esto no implica necesariamente ignorar la opinión crítica que intenta tratar de manera contingente a la historia. Es decir, que la historia entendida como el develamiento de una necesidad inmanente debe ser comprendida como una forma de no-libertad.

Esta forma de “no-libertad” es el objeto de la teoría crítica del capitalismo de Marx, que trata sobre todo de delinear y fundamentar los imperativos y las limitaciones que crean las dinámicas históricas y los cambios estructurales del mundo moderno. La crítica del capital no niega la existencia de la no-libertad histórica al enfocarse en la contingencia. Más bien, intenta analizar esta no-libertad de manera social e histórica, desvelar su base y señalar la posibilidad de su superación. En otras palabras, una teoría crítica adecuada del capital intenta esclarecer la dinámica del mundo moderno, y lo hace desde el punto de vista inmanente de su capacidad de transformación. Tal teoría crítica del capitalismo o –diría– de la dinámica histórica de la modernidad puede proporcionar la mejor base para un acercamiento riguroso a las transformaciones globales de las últimas tres décadas. Sin embargo, esto podrá hacerlo sólo si consigue abordar adecuadamente los cambios profundos sociales y culturales, así como económicos, de las últimas décadas.

Los tres autores que forman el objeto de análisis de este ensayo intentan comprender las transformaciones recientes dentro del marco de una teoría crítica del capitalismo. En su libro *La economía de la turbulencia global*, Robert Brenner (1989) proporciona una gran cantidad de información (datos sobre salarios reales, tasas de

ganancia, índices de productividad laboral y de crecimiento) para demostrar que la economía global ha permanecido esencialmente estancada durante los últimos 30 años (Brenner, 1989: 1-7). A finales de los años noventa, Brenner critica la ilusión –generalizada en aquel entonces (y, de hecho, recurrente en el capitalismo)– de que el problema de los ciclos económicos se había resuelto, que había quedado atrás. Su intención es explicar no sólo la propia recesión económica de principios de los años setenta, sino también por qué ha durado tanto tiempo. Según Brenner, la caída de la rentabilidad que pregonó el fin de la bonanza de la posguerra comenzó a mediados de los años sesenta y no entre 1969 y 1972, como muchos sostienen (1989: 36). Esto, según Brenner, contradice lo que él llama teorías “de la oferta” que atribuyen la recesión, así como su duración, a la presión creciente ejercida por los trabajadores sobre las ganancias, puesto que, según él, la recesión antecedió a tal presión (8 y 18). Es más, los enfoques que se centran en el trabajo se concentran, necesariamente, en la situación específica de cada país. No llegan a explicar las características más notables de la recesión de finales del siglo XX: el hecho de que su emergencia y sus diferentes fases fueron universales y simultáneas –abarcando economías débiles con movimientos obreros fuertes (Reino Unido), así como economías fuertes con movimientos obreros débiles (Japón)– y su larga duración (.18-24). Teniendo en cuenta tales consideraciones, Brenner argumenta que la recesión y la subsiguiente incapacidad de las economías de adaptarse se han de explicar a nivel del sistema internacional en su conjunto (23 y ss.). Según Brenner, la caída de la tasa de ganancia no fue el resultado de factores tecnológicos, presiones laborales o controles políticos, sino, fundamentalmente, de la competencia internacional de los mercados y de un desarrollo desigual (8-11).

Al centro del análisis de Brenner se encuentra el argumento general de que, en una industria particular, el capital no se puede desviar a otro lugar cuando está en gran medida amarrado en la forma de capital fijo. Por consiguiente, en tal situación la mayor competencia, que resulta en márgenes más bajos de ganancia, no

lleva a la desviación del capital a otras regiones, como predice la teoría económica dominante, sino a la sobreproducción sistémica. La recesión que surge a raíz de la sobreproducción no lleva al colapso pronosticado, seguido por la recuperación, sino a una caída de larga duración en la tasa de ganancia.

Más específicamente, Brenner sostiene que, como resultado de la devastación que dejó atrás la Segunda Guerra Mundial, sólo hubo un taller en el mundo en el periodo inmediato de posguerra: los Estados Unidos. Sin embargo, en la década de los sesenta la primacía de los Estados Unidos empezó a ser desafiada económicamente por Alemania y Japón. Dado que las empresas estadounidenses habían invertido en capital fijo –por ejemplo, en la industria automovilística– estas empresas mantuvieron la producción a niveles previos, aunque los alemanes y los japoneses estuvieran expandiendo la producción (de automóviles). El resultado fue una sobreproducción global y endémica (91 y ss.).

El argumento de Brenner vincula las crisis de sobreproducción en el capitalismo a las contingencias de la competencia. Si no fuera por estas contingencias, las empresas sabrían cuánto deberían invertir en capital fijo. Pero no lo saben, ni pueden saberlo. Por ende, seguirán sujetas a presiones imprevistas. Sin embargo, debido a sus inversiones en capital fijo, no se pueden permitir recortar sus inversiones y desviarlas hacia otro lado. En vez de ello, se ven obligadas a luchar por la cuota de mercado. Como resultado, las ganancias disminuyen. Las empresas intentan contrarrestar esta tendencia decreciente de la cuota de ganancia exprimiendo la mano de obra, destrozando sindicatos y recortando el estado de bienestar y las pensiones (27 y ss.).

La interpretación de Brenner del auge y la depresión acierta en su descripción de las características importantes de la larga depresión, sobre todo, su carácter global. Muestra claramente que el capitalismo constituye un orden mundial que, sin embargo, es disfuncional. Su descripción es una corrección útil del discurso económico dominante. Muestra la ineficacia de las interpretaciones establecidas de que los flujos del capital son resultado de la compe-

tencia y el carácter ilusorio de la noción recurrente de que los ciclos económicos son cosa del pasado. El abordaje de Brenner también contradice la idea generalizada de que la larga recesión de finales del siglo XX surgió como resultado de –y respuesta a– victorias de la clase obrera entre 1968 y 1972, y proporciona una base para criticar la interpretación de la Escuela de la Regulación de la caída del fordismo y la emergencia de un régimen posfordista.³ Sin embargo, a pesar de su análisis detallado de la larga recesión de finales del siglo XX, Brenner no logra abarcar exitosamente otras dimensiones importantes de las transformaciones de décadas recientes. En este sentido, su enfoque no proporciona una interpretación adecuada del cambio histórico. Su análisis de la larga recesión que hace referencia a la competencia internacional y la sobreproducción sistémica arroja luz sobre importantes dimensiones de esta crisis. Sin embargo, no hace mención de dimensiones sociales, culturales o políticas de la vida que podrían estar relacionadas a los procesos económicos que analiza. Brenner se enfoca tanto en la economía que no parece estar consciente de cualquier diferencia entre el contexto histórico de finales del siglo XX y periodos más tempranos de recesión y rivalidad intercapitalista. Es decir, Brenner no toma en cuenta los cambios históricos cualitativos en la sociedad capitalista. Por ende, cuando critica la Escuela de la Regulación, no proporciona un acercamiento alternativo a la dimensión central de aquel enfoque teórico, es decir que no se interesa por los cambios sociales y culturales fundamentales que ocurren en lo que los teóricos de la Regulación llaman un nuevo “modo de regulación”.

Sin embargo, una teoría crítica del capitalismo que aspira a abordar las transformaciones históricas de las tres últimas décadas de manera adecuada ha de elucidar no sólo los desarrollos

³ Brenner caracteriza la Escuela de la Regulación como un “Malthusianismo de izquierdas”, que ubica el origen del rendimiento decreciente de la economía en la caída del dinamismo productivo del paradigma tecnológico fordista. Ver Brenner, 1999: 62).

económicos en el sentido estricto, sino también los cambios en la naturaleza de la vida social y cultural dentro del marco del capitalismo. Sólo entonces puede autoproclamarse una teoría crítica del mundo moderno, es decir, de una forma objetiva/subjetiva e históricamente específica de la vida social, y no una teoría de una organización económica determinada de la sociedad moderna en el sentido estricto. Además (y esto es crucial), una teoría crítica del capitalismo ha de poder arrojar luz sobre cambios cualitativos e interrelacionados en la objetividad y subjetividad social para poder analizar cambios culturales a gran escala y movimientos sociales. Sólo entonces puede, al menos potencialmente, constituir una teoría de la posible superación del capitalismo.

La pregunta, en este sentido, no es si Brenner –o cualquier otro teórico– hace mención específica a estas cuestiones. Es si su enfoque es intrínsecamente capaz de arrojar luz sobre transformaciones históricas de la política, la cultura y la sociedad. Independientemente de sus puntos fuertes, Brenner no aborda de manera adecuada el desarrollo histórico y la estructura del capitalismo como forma de la vida social: los cambios en la cultura y la subjetividad parecen quedar fuera de su alcance.

Estas limitaciones del enfoque de Brenner se deben a su entendimiento elemental del capitalismo. No es sólo una cuestión de alcance analítico, de si una interpretación crítica del capitalismo debería centrarse sólo en los procesos económicos y no en otras dimensiones de la vida social. Se trata, más bien, de si las categorías básicas de esta interpretación pueden vincular de manera intrínseca a diferentes dimensiones de la vida como aspectos interrelacionados de una forma determinada de vida social. El punto de partida analítico de Brenner es un énfasis marxista tradicional sobre la naturaleza no planificada, no coordinada y competitiva de la producción capitalista (Brenner. 1998: 8). Es decir, este análisis de la larga recesión gira alrededor de las nociones del desarrollo y la competencia desiguales. Estas nociones son elementos centrales que definen el capitalismo en el enfoque de Brenner y plantean la planificación racional como la característica principal de un

mundo postcapitalista. En otras palabras, tal crítica del capitalismo se centra esencialmente en el modo de distribución. Las cuestiones de la forma de producción, el trabajo y, más fundamental, la mediación social queda fuera de su alcance. Sin embargo, nociones como competencia y desarrollo desigual, junto con categorías que son centrales en el análisis de Brenner como ganancia, capital fijo y capital circulante, son categorías de la economía; es decir, son categorías de la superficie que no captan adecuadamente la naturaleza fundamental y la dinámica histórica del capitalismo como una forma históricamente específica de la vida social.

En este capítulo sólo puedo mencionar de pasada la importancia teórica de la distinción entre superficie y estructura profunda (entre economía política crítica y crítica de la economía política) y el por qué tendría sentido hacer una nueva lectura de la categoría de valor. En este punto, sólo quiero afirmar que caracterizar la noción de desarrollo desigual como una noción de superficie no significa que es ilusoria; más bien, significa que no logra captar lo que es más esencial en el capitalismo.

Caracterizar a nociones tales como la competencia y el desarrollo desigual y a categorías como la ganancia como fenómenos de superficie expresa una postura que considera a la mercancía, el valor y el capital como categorías de la estructura profunda. Sin embargo, Brenner rechaza estas últimas categorías y tacha los enfoques que se basan en ellas de “Marxismo fundamentalista” (Brenner, 1998: 11). Las diferencias referentes a la teoría del valor a menudo expresan interpretaciones diferentes de las categorías. Por ejemplo, el valor se suele interpretar esencialmente como una categoría económica, una categoría de distribución que conduce a un estancamiento de precios, demuestra la explotación (la categoría de plusvalía) y explica el carácter tendiente a la crisis del capitalismo (como resultado de la creciente composición orgánica del capital). El significado del valor, entendido de esta manera, se ha cuestionado a menudo sobre la base de argumentos que sostienen que los precios, la explotación y las crisis se pueden explicar sin hacer referencia a tal categoría.

Personalmente, defendería otra lectura de la categoría del valor de Marx. No sólo un refinamiento de esta categoría como fue desarrollada por Smith y Ricardo, sino una categoría que pretende abarcar determinadas formas abstractas de mediación social, riqueza social y temporalidad que estructuran la producción, la distribución, el consumo y, más generalmente, la vida social en la sociedad capitalista. La dimensión temporal de las categorías de estructura profunda fundamenta la dinámica del capitalismo; ayuda a explicar, en términos históricamente específicos, la existencia de una dinámica histórica que caracteriza el capitalismo. Estas categorías, entonces, intentan captar los contornos generales de esta dinámica y a la vez indicar que una dinámica histórica inmanente no caracteriza las historias y las sociedades humanas *per se*. Las categorías de valor y capital no son meramente económicas. Ni siquiera son únicamente categorías de objetividad social; son, más bien, a la vez sociales y culturales. Finalmente, la dinámica que se basa en el valor es tal, que el valor se adecua cada vez menos a la realidad que genera. Es decir, la dinámica conduce a la emergencia de las condiciones objetivas y subjetivas que posibiliten un orden social más allá del capitalismo.⁴ (Comenzaré a elaborar más estas afirmaciones más adelante, al discutir la noción de la tasa de ganancia decreciente según Brenner y Arrighi). Lejos de ser categorías de la vida económica y social en general, las categorías subyacentes de la crítica de la economía política aspiran a captar el núcleo esencial de una forma históricamente específica de la vida social —el capitalismo— de maneras que indiquen su carácter históricamente específico y posiblemente efímero. La abolición de lo que estas categorías supuestamente abarcan conllevaría la abolición del capitalismo.

Abordar plenamente este problema/dificultad fundamental requiere cuestionar la naturaleza de la temporalidad en el capitalismo, una cuestión a la que no me puedo referir extensamente

⁴ Para una elaboración minuciosa de estos argumentos, ver Postone, 2003.

en este capítulo.⁵ Sin embargo, me gustaría reflexionar más sobre estas consideraciones haciendo referencia a *El largo siglo XX*, de Giovanni Arrighi. Arrighi es uno de los teóricos que conceptualizan el periodo desde 1973 como una era de cambio cualitativo, cuya característica predominante, según él, es la “financiarización” del capital (1994: xi). Al argumentar contra posturas como la de Rudolf Hilferding de que la importancia creciente del capital financiero señala una etapa completamente nueva de desarrollo capitalista, Arrighi sostiene que la primacía de la financiarización es un fenómeno recurrente, una fase de ciclos más amplios del desarrollo capitalista que comenzó en Europa a finales de la Edad Media y comienzos de la Europa moderna (xi).

El estudio de Arrighi de la crisis de finales del siglo XX forma parte de un contexto mucho más amplio: un análisis de “las estructuras y los procesos del sistema global capitalista en su totalidad, en diferentes etapas de su desarrollo” (xi). Este último, a su vez, está imbuido por el intento ambicioso de Arrighi de pensar en conjunto lo que Charles Tilly llama “dos procesos maestros e interdependientes de la era [moderna]: la creación de un sistema de estados nacionales y la formación de un sistema capitalista global”.⁶ Con el objetivo de vincular estos dos sistemas internacionales, Arrighi recurre a las teorías de Fernand Braudel y Karl Polanyi. Adopta el entendimiento de Braudel del capitalismo como la capa superior de una estructura de tres niveles, donde el nivel inferior es constituido por lo que Braudel llama “la vida material”, el estrato de la no-economía que no puede ser moldeada por el capitalismo, el nivel intermedio es el de la economía del mercado y el nivel superior es el del “antimercado”, la zona de los depreda-

⁵ Sin embargo, se puede encontrar un tratamiento más exhaustivo de la temporalidad en la sociedad capitalista en el Capítulo tres de este volumen. [Nota de los eds.:] Postone se refiere al capítulo tres del libro donde fue originalmente publicado su texto, el título de dicho capítulo es “Eating the Future: Capitalism Out of Joint” y el autor es Robert Albritton”.

⁶ Tilly (1984, p. 147) como es citado en Arrighi (1994, p. xi).

dores gigantes. Para Braudel, según Arrighi, este nivel superior es el locus real del capitalismo (Arrighi, 1994: 10). Basándose en el entendimiento de Braudel, Arrighi sostiene que, históricamente, el desarrollo capitalista no ha sido simplemente un resultado accidental de acciones innumerables perpetradas por individuos y por las múltiples comunidades de la economía global; más bien, la “expansión y la reestructuración de la economía global capitalista se dieron bajo el liderazgo de comunidades particulares y bloques de agencias gubernamentales y empresariales” (9). Es decir, Arrighi busca vincular el sistema estatal y el capitalismo sobre la base del desacoplamiento que hace Braudel de la vida económica cotidiana de las capas superiores de los grupos con poder económico.

Refuerza este enfoque al apropiarse de la crítica que hace Karl Polanyi de la idea del siglo XIX de una economía que se autorregula. Para Polanyi, esta última depende de la transformación de todos los elementos de la industria en mercancías, incluyendo la tierra, el trabajo y el dinero. Sin embargo, la naturaleza mercantil de estos tres elementos es totalmente ficticia, según Polanyi. Un sistema que se basa en tal ficción tiene un potencial tremendo de perturbación social. Por consiguiente, crea un contramovimiento para restringir sus operaciones. Esto significa que, para que el capitalismo pueda funcionar a largo plazo, los mecanismos del mercado han de ser social y políticamente controlados (Arrighi, 1994: 255-258).

Arrighi parte de su apropiación de Braudel y Polanyi para delinear el desarrollo del sistema mundial capitalista en términos de cuatro ciclos sistémicos de acumulación, cada uno dominado por un estado capitalista hegemónico –(i) un ciclo genovés, del siglo XV a principios del siglo XVII, (ii) un ciclo holandés, de finales del siglo XVI hasta la mayor parte del siglo XVIII, (iii) un ciclo británico de finales del siglo XVIII a principios del siglo XX y (iv) un ciclo estadounidense, que comenzó a finales del siglo XIX. Cada uno de estos ciclos se refiere, según Arrighi, a procesos del sistema global capitalista en su totalidad. Se centra en las estrategias y estructuras de las agencias gubernamentales y empresariales de

dichos estados debido a lo que él considera su importancia crucial en la formación de estas etapas sucesivas (xi, 6).

Cada ciclo, según Arrighi, se caracteriza por las mismas fases: una fase inicial de expansión financiera, seguida por una fase de expansión material y luego por otra de expansión financiera. La financiarización juega un papel crucial en la suplantación de una hegemonía por otra, según Arrighi. Según su descripción, la trayectoria ascendente de cada hegemonía se basa en la expansión de la producción y el comercio. Sin embargo, llega un punto en cada ciclo en el que se da una “crisis señal” como resultado de la sobreacumulación de capital. Entonces, otro estado proporciona la salida para este capital acumulado. Dentro de este esquema, la financiarización creciente conlleva la transferencia de capital de la hegemonía corriente a una nueva hegemonía emergente (x, 5-6, 214-238). Este patrón de desarrollo, sin embargo, no es totalmente cíclico. Tiene una direccionalidad. Cada nuevo ciclo es más corto; cada nueva hegemonía es más larga, más compleja y poderosa. Cada hegemonía consigue internalizar costos que la hegemonía precedente no pudo internalizar. Holanda internalizó los costos de protección, el Reino Unido también internalizó los costos de producción, y los Estados Unidos los costos de transacción (214-238). Al establecer este patrón, Arrighi sostiene que la fase actual de financiarización es una señal de la caída de la hegemonía estadounidense, el comienzo del final del cuarto ciclo.

El patrón de desarrollo que describe Arrighi es muy elegante y a menudo iluminador. Sin embargo, esta interpretación presenta aspectos problemáticos que, a mi parecer, indican sus límites. Por ejemplo, cuando Arrighi aborda desarrollos más contemporáneos, su percepción del auge y la caída de la hegemonía estadounidense desde 1939 es mucho más ecléctica de lo que cualquiera esperaría por su descripción de los ciclos más largos del desarrollo capitalista. Cuando discute la crisis de los años setenta, hace referencia a la creciente competencia a nivel internacional, al aumento de los salarios reales entre 1968 y 1972, que superó el crecimiento de la productividad, así como una decisión de los creadores de políticas

estadounidenses a finales de los años setenta de formar una alianza con las finanzas altas privadas para disciplinar lo que era visto como amenazas del Tercer Mundo después de la descolonización.

Es difícil ver cómo esta interpretación se enmarca en el desarrollo cíclico que presenta Arrighi. Aunque caracteriza el ciclo estadounidense como anómalo, no explica este rasgo. Por consiguiente, existe una brecha entre su descripción ecléctica de los años setenta y su contexto más amplio, lo que sugiere que el patrón de desarrollo que delinea es esencialmente descriptivo. No presenta realmente un análisis de lo que impulsa los patrones de desarrollo descritos.

Esta cuestión también emerge de manera implícita cuando Arrighi discute la caída de la hegemonía de Estados Unidos. Sostiene que puede dar lugar al ascenso de un imperio mundial verdaderamente global, basado en la superioridad de fuerzas del Oeste, o a una economía de mercado global sin figura hegemónica, centrada en Asia Oriental, o a un caos sistémico. Las dos primeras posibilidades son postcapitalistas, según Arrighi. Señalarían el fin del capitalismo (23, 355-356).

Esta es una afirmación extraordinaria, puesto que deja claro que Arrighi considera la esencia del capitalismo en términos de un sistema global organizado por una hegemonía capitalista. Esta postura problemática tiene sus raíces en la apropiación de Arrighi de la distinción de Braudel entre economía de mercado y capitalismo. El capitalismo, según Braudel, no puede explicarse sobre la base de las relaciones de mercado actuales, puesto que la economía global de mercado ya existía antes del capitalismo. Lo que creó el capitalismo fue una fusión entre el capital y el Estado que fue única del Occidente (Arrighi, 1994: 10-11). Sin embargo, en las reflexiones de Arrighi sobre la fase actual, la caída de la hegemonía estadounidense, se muestran los límites de este intento por distinguir mercados y capital a través de colocar a los Estados en el centro del análisis. Por muy importantes que hayan sido los estados en el desarrollo del capitalismo, la definición en esencia del capitalismo mediante la referencia al Estado se convierte en una

camisa de fuerza teórica cuando Arrighi intenta analizar el mundo contemporáneo. Ni Braudel ni Arrighi parecen tomar conciencia de la distinción que hacen Marx y Weber entre el capitalismo moderno y los mercados y el comercio, puesto que éstos pueden existir en otras formas de sociedad. A pesar de sus diferencias, tanto Marx como Weber consideran que el capitalismo moderno es único porque se basa en un proceso de acumulación continuo e interminable, un proceso que no se puede basar en el comercio ni en el estado y que, de hecho, transforma a ambos. En el trabajo de Marx, la característica más destacada del capitalismo es su dinámica histórica. Incluye transformaciones continuas de la vida social que son impulsadas por el núcleo esencial del capitalismo: un núcleo que es invariable y, a la vez, genera cambio. La categoría de Marx del capital intenta captar este núcleo y la dinámica que genera.

Cuando analiza los ciclos del capitalismo, Arrighi no presta suficiente atención a la categoría de capital. Por consiguiente, este enfoque excluye cualquier análisis de lo que constituye el carácter único del capitalismo, su dinámica histórica. En vez de ello, como indica su percepción del fin del capitalismo, Arrighi fusiona esta dinámica con el auge y la caída de las hegemonías. Su enfoque sustituye el análisis de lo que fundamenta la dinámica con la descripción de un patrón y lo hace de una manera que también toma en consideración el estructurar y reestructurar continuo del trabajo y, más generalmente, de la vida social en el capitalismo.

Por ende, aunque las teorías de Braudel y Polanyi proporcionan un marco a Arrighi para pensar el desarrollo del sistema estatal y el del capitalismo global en conjunto, también conducen a graves problemas teóricos. La división tripartita de la sociedad moderna en los niveles de vida material, economía de mercado y capitalismo que lleva a cabo Braudel no deja lugar a la consideración de la relación entre las formas de la vida social cotidiana y el capitalismo. Mientras que la insistencia de Polanyi sobre el carácter ficticio del trabajo, la tierra y el dinero como mercancías, oculta el análisis de Marx de la mercancía como una forma de relaciones sociales. Dentro del análisis de Marx, nada es “naturalmente” una

mercancía. A la inversa, no existe ningún fundamento ontológico sobre cuya base se pueda hacer una distinción entre mercancías “reales” y “ficticias”. Ni Braudel ni Polanyi proporcionan una concepción adecuada del capital y, por ende, de la naturaleza de la dinámica intrínseca de la sociedad capitalista y de la posibilidad de su superación.

Estas consideraciones críticas cobran todavía más fuerza cuando miramos con más detalle la interpretación de Arrighi de la crisis de los años setenta. En su enfoque, recurre a la noción de que existe en el capitalismo una tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Como Brenner, Arrighi considera que esta tendencia está enraizada en la competencia.

El teorema de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia ha sido a menudo identificada con Marx. Ha sido ampliamente reconocida como el intento de Marx por demostrar la naturaleza plagada de crisis y los límites del capitalismo. Sin embargo, este teorema no fue desarrollado por primera vez por Marx, sino por economistas políticos como Adam Smith, Thomas Malthus y David Ricardo. Marx lo aborda desde el punto de vista de la economía política clásica. Sin embargo, lejos de plantear una caída inexorable en la tasa de ganancia, trata este teorema como una tendencia superficial que, como tal, está sujeta a muchos factores y tendencias compensatorios (Marx, 1981: 317-375). Según Marx, en la medida en que la tasa de ganancia efectivamente cae, lo hace como una manifestación económica superficial de un desarrollo histórico más fundamental, la tendencia ascendente de la composición orgánica del capital —es decir, la proporción de capital constante (maquinaria, materia prima, etc.) por capital variable (trabajo asalariado).

La idea de una caída en el capital variable con relación al capital constante es crucial para comprender la importancia de la teoría del valor en Marx. Como es bien conocido, Marx sostiene que este valor es constituido sólo por el gasto socialmente necesario del tiempo de trabajo humano directo. Sin embargo, a diferencia de Adam Smith, Marx no considera el valor como una forma transhis-

tórica de riqueza, sino como una forma de riqueza que es históricamente específica del capitalismo. Las distinciones que hace entre producción de valor y valor de uso no han de entenderse de manera trans-histórica y ontológica, sino como elementos constituyentes de la contradicción creciente en el capitalismo entre la producción de valor, la característica que define la estructura del capitalismo, y la enorme capacidad generada dentro del capitalismo por producir valor de uso. El potencial que la contradicción del capitalismo conlleva, señala una posible transformación fundamental de la naturaleza y la distribución social del trabajo. Sin embargo, la realización de esta posibilidad se ve constantemente restringida por la reproducción sistémica del trabajo determinado por el valor, incluso cuando este trabajo se vuelve cada vez más anacrónico en términos del potencial productivo del conjunto.

Por consiguiente, la importancia de la composición cambiante del capital en la crítica de Marx no reside en el hecho de que proporciona una mejor explicación de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, facilitando así una base más sólida para un teorema de la economía política clásica. Su importancia, más bien, se encuentra en que, bajo el nivel superficial de los precios y las ganancias, expresa una transformación del trabajo y la producción que eventualmente señala la posibilidad de una sociedad postcapitalista. Lejos, entonces, de constituir ante todo un medio para explicar las crisis, el teorema de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, así como fue reinterpretado por Marx, expresa indirectamente un proceso del estructurar y reestructurar continuo de la vida social, marcado por una brecha creciente entre la estructura actual del trabajo y de la vida social y la manera en que estarían estructurados en ausencia del capital. Marx transforma un teorema de la economía política –que muchos han considerado una indicación de los límites económicos del capital– en la expresión superficial de una dinámica histórica más fundamental. Su crítica no aspira tanto a “probar” el colapso económico inevitable del capitalismo, sino a revelar una creciente disparidad entre lo que es y lo que podría ser, una disparidad que constituye las con-

diciones objetivas/subjetivas de la posibilidad de ordenar la vida social de una manera diferente. La idea de tal disparidad como disparidad vivida daría lugar a una investigación de la generación histórica de sensibilidades, necesidades e imaginarios que vayan más allá de consideraciones de distribución, de intereses materiales directos. En otras palabras, la creciente contradicción del capitalismo entendido de esta manera (de modo no economístico) crea la posibilidad de un futuro cualitativamente diferente como dimensión inmanente del presente.

No obstante, este nivel de análisis no se encuentra en Arrighi ni en Brenner. Por ende, categorías que son esenciales para la crítica de Marx, como: valor, mercancía y capital, están ausentes o implícitamente interpretadas en términos estrictamente económicos. Por ejemplo, cuando Brenner aborda el tratamiento de Marx de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, sostiene que, según Marx, el auge en la composición orgánica del capital lleva a un incremento de la razón producción/trabajo, insuficiente para contrarrestar la caída paralela en la razón producción/capital que también causa. Por lo tanto, la tasa de ganancia cae porque se puede esperar que haya una caída de la productividad en su totalidad (Brenner, 1998: 11). Esta interpretación fusiona por completo el valor y el valor de uso en Marx, ignorando la postura de Marx de que un aumento en la productividad puede llevar a una caída en la plusvalía. Sin embargo, esto significa fundamentalmente que no consigue reconocer el análisis del valor de Marx como un análisis de una forma de riqueza y de vida social que es históricamente específica y posiblemente efímera. Por consiguiente, la trayectoria histórica del capitalismo que puede conducir a una transformación cualitativa, según el análisis de Marx, se reduce a un análisis económico de las crisis.

Por su parte, Arrighi sostiene que lo que él llama la versión marxiana de la “ley” de la tendencia decreciente de la tasa era idéntica a la tesis de Adam Smith respecto a la tasa de ganancia. Según Arrighi, tanto Ricardo como Marx aceptaron la tesis de Smith en su totalidad. La única diferencia fue que Marx criticó la versión de Smith de esta “ley” por ser demasiado pesimista en

cuanto al potencial a largo plazo del capitalismo de fomentar el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad (Arrighi, 1994: 222-223). Sin embargo, esta equiparación de Smith con Marx significa que Arrighi también fusiona la economía política y su crítica, es decir, adopta una interpretación transhistórica del valor como riqueza y una comprensión del valor como una forma de riqueza históricamente específica del capitalismo.

El enfoque de Arrighi introduce una dimensión de gran relevancia para el análisis del capitalismo: el Estado o, más bien, el sistema estatal. Sin embargo, lo hace a expensas de dimensiones centrales de una teoría crítica del capitalismo que señalan la posibilidad de otra forma de vida. El mismo Arrighi subraya que su libro tiene un foco limitado de atención, puesto que excluye consideraciones de asuntos como la lucha de clases (Arrighi, 1994: xii). Sin embargo, la limitación a la que se refiere no es simplemente empírica. Dado su marco, aunque Arrighi introdujera estos temas, no los podría tratar como elementos íntegramente relacionados a su interpretación teórica.

La cuestión no es si Arrighi y Brenner se muestran fieles a un dogma revelado (“fundamentalista”), sino si sus enfoques se adecuan plenamente al objeto de sus investigaciones –la dinámica del capitalismo contemporáneo. Estas consideraciones, como ya he señalado, aspiran a subrayar las diferencias entre estas perspectivas críticas político-económicas, que se concentran en asuntos económicos, y el proyecto de la crítica de la economía política.

En la Condición de la Posmodernidad, David Harvey también subraya el predominio de la financiarización al discutir el periodo que va desde 1973.⁷ Sin embargo, el tratamiento que hace Harvey de la financiarización es menos estadocéntrico que el de Arrighi,

⁷ Ver Harvey, 1989: 160 y ss. Como aparte, debería notarse que tanto Harvey como Arrighi formulan una crítica de las finanzas que no es romántica ni reaccionaria. Ambos tratan las finanzas como algo generado por el capital y no como algo que es separado de la producción capitalista y se le puede imponer.

que es atado a la cuestión de las hegemonías en auge y declive. De hecho, Harvey señala que, en el mundo contemporáneo, el capital no tiene un lugar o sitio determinado, sino que es generalizado y global (Harvey, 1989: 163). Como resultado de la competencia universal entre capitales, las diferencias marginales en las tasas de ganancia se vuelven cada vez más importantes, con consecuencias significantes para los niveles de los salarios en los países metropolitanos y la extensión global desigual del trabajo asalariado, así como para la dirección y el volumen de los flujos globales del capital. Según Harvey, estos flujos efectúan una forma de disciplina que es mucho más generalizada y eficaz de lo que podría llegar a ser cualquier institución gubernamental (164-165).

A diferencia de Arrighi y Brenner, Harvey recurre a una teoría del capital para arrojar luz sobre lo que él considera un cambio radical en la cultura y en las prácticas político-económicas (Harvey, 1989: vii). Intenta analizar el periodo desde 1973 no sólo en términos político-económicos, sino también de un cambio en la configuración de la vida social. De este modo, y haciendo referencia a una teoría del capital con sus distinciones entre superficie y estructura profunda y entre procesos de valorización y de trabajo, Harvey consigue contradecir críticamente interpretaciones postindustriales, sosteniendo que lo que entienden como una nueva época no es más que un aspecto de una dinámica más compleja de constricción, continuidad y cambio. Así, por ejemplo, al considerar la transformación del capitalismo en décadas recientes, Harvey se concentra en las demandas de la valorización como mediadores de la producción, y no en la naturaleza del proceso laboral de una manera no mediada. Por lo tanto, caracteriza la configuración más reciente del capitalismo en términos de “acumulación flexible” y no según el término “especialización flexible” (Harvey, 1989: 124, 147, 186 y ss),⁸ más orientado hacia el proceso laboral. De esta manera, Harvey es capaz de mostrar que esta última

⁸ Para la noción de “especialización flexible”, ver Piore y Sabel, 1984.

fase de desarrollo capitalista crea todo un abanico de prácticas de producción –desde el resurgimiento de talleres de explotación laboral hasta la robótica– que en la superficie pueden parecer opuestas y no llegan a ser comprendidas adecuadamente mediante teorías postindustriales que se enfocan de manera unilateral en el proceso de trabajo. Este enfoque distingue la teoría crítica del capitalismo de cualquier teoría de desarrollo tecnológico lineal y, desde luego, de cualquier teoría de determinismo tecnológico.

De manera similar, al enfocarse en el capital, Harvey es capaz de demostrar que esta nueva fase del capitalismo conlleva una dialéctica compleja de descentralización y centralización, heterogeneidad y homogeneidad. Sobre esta base, Harvey lanza una crítica mordaz contra los enfoques posmodernos por hipostasiar un aspecto de esta dialéctica y, de este modo, interpretar erróneamente desarrollos recientes como una ruptura histórica y liberadora con el pasado. Debido a que captan críticamente el orden existente sólo en términos de centralización y homogeneidad, estos enfoques también celebran la descentralización y la heterogeneidad creadas por el capitalismo contemporáneo. Según Harvey, lejos de ser críticos, los enfoques posmodernistas son expresiones de una nueva configuración del capital que no entienden. Como tales, acaban por encubrir y afirmar el capital en su manifestación más reciente (Harvey, 1989: vii, 39 y ss., 113 y ss., 336 y ss., 350 y ss.).

En su intento por vincular los cambios culturales en la posmodernidad a una nueva configuración del capital, Harvey se mueve más allá de posturas que entienden el capitalismo sólo en términos económicos. Su entendimiento de la relación entre cultura y capitalismo también va más allá del de la teoría de la regulación, que intenta interpretar la cultura como un momento constitutivo de cualquier época del capitalismo pero que, al plantear una relación totalmente contingente entre cultura y capitalismo, acaba basándose en una comprensión de la cultura como algo esencialmente vacío. Mientras que este último abordaje proporciona una interpretación funcionalista de la relación entre las formas cul-

turales y cualquier configuración a gran escala del capitalismo, Harvey busca vincularlos de manera intrínseca (1989: 201 y ss.).

El enfoque de Harvey plantea explícitamente la cuestión de la dinámica histórica. Su argumento de que en décadas recientes ha emergido una nueva configuración del capitalismo nos recuerda que esta emergencia implica tanto un proceso de cambio (una nueva configuración) como una continuidad (el capitalismo). Al distinguir la superficie de las formas subyacentes del capitalismo, también indica que lo que permanece inalterado es una característica fundamental del capitalismo.

Estas consideraciones ayudan a esclarecer ciertos rasgos del capitalismo y la importancia del análisis del capital. Visto retrospectivamente, el capital ha dominado en diversas configuraciones históricas, desde formas más mercantiles mediante las formas liberales del siglo XIX, en las formas estadocéntricas del siglo XX y, ahora, las formas neoliberales globales. Estas configuraciones cambiantes ponen de relieve que el capitalismo no se puede identificar por completo con ninguna de sus configuraciones. A la vez, referirse a las diversas configuraciones como formas de capitalismo implica que en todas existe un núcleo subyacente: el capital.

Sin embargo, esto sugiere que el núcleo del capitalismo es el que genera sus diferentes configuraciones históricas. Aunque no se puede llevar a cabo en este ensayo una discusión plena sobre el carácter históricamente dinámico del capitalismo, por falta de espacio,⁹ se ha de notar que implica una dialéctica compleja de cambio y reproducción, donde los rasgos principales del capitalismo conducen al cambio y, a la vez, se reproducen a sí mismos. Esta dinámica dialéctica se basa en la distinción entre superficie y estructura profunda en el capitalismo, y abre la posibilidad de un futuro más allá del capitalismo, aun reproduciendo el núcleo subyacente del presente, obstaculizando así la realización de este futuro.

⁹ Para una discusión más extensa, ver Postone, 2003.

Por consiguiente, el enfoque que describo no presupone la existencia de una dinámica histórica como característica de la vida social humana, sino que analiza la forma de dominación social que es intrínseca a la sociedad capitalista como generadora de una dinámica histórica. Es decir, fundamenta esta dinámica en las formas sociales históricamente específicas que se encuentran en el corazón del capitalismo, como son la mercancía y el capital. Al fundamentar la dinámica histórica de la sociedad moderna capitalista en formas sociales históricamente específicas, este enfoque intenta superar la oposición entre la noción de una lógica trans-histórica de la historia y su complemento: una noción transhistórica de casualidad histórica. Argumentaría que tal enfoque dialéctico, no lineal, permite una teoría más sofisticada del desarrollo capitalista que las que permanecen dentro del marco de la oposición tradicional, dualista y esencialmente metafísica entre determinismo y contingencia.

La postura de Harvey refleja estas cuestiones. Sin embargo, su elaboración del núcleo del capitalismo excluye, o no desarrolla suficientemente, importantes aspectos de una teoría crítica del capital. Según Harvey, existen tres elementos centrales en el capitalismo: está orientado hacia el crecimiento, se fundamenta en la explotación del trabajo vivo en la producción, es necesariamente tecnológico y organizativamente dinámico. Sin embargo, estos tres elementos centrales son inconsistentes. Por consiguiente, el desarrollo capitalista se caracteriza por una tendencia, repleta de crisis, hacia la sobreacumulación. Históricamente, el capitalismo se ha visto enfrentado con el problema de gestionar la sobreacumulación (Harvey, 1989: 180-183). Partiendo de este análisis, Harvey procede a examinar la transición del fordismo al posfordismo (184).

Esta manera de entender el núcleo del capitalismo permite a Harvey distinguir entre la estructura profunda y la superficie, sobre cuya base formula su crítica de los enfoques posmodernos, y analizar las limitaciones y los imperativos que han caracterizado el desarrollo del capitalismo de un modo de regulación a otro. Sin embargo, su enfoque sobre el carácter plagado de crisis del

capitalismo no aborda la brecha creciente entre la forma de la vida social bajo el capitalismo y la forma que tendría si este no existiera. Un enfoque que tratara la categoría del capital de manera más explícita y que la colocara al centro de su análisis examinaría esta brecha con más rigor.

Las diferencias entre los dos enfoques se vuelven más claras cuando examinamos la relación entre las formas de subjetividad y objetividad en el capitalismo. Por ejemplo, Harvey trata los conceptos cambiantes de espacio y tiempo como reacciones a los cambios en el capitalismo. El capitalismo lleva a cabo lo que Harvey llama compresiones de espacio y tiempo. Estas cambian la percepción de las personas del espacio y el tiempo y esto, a su vez, es expresado culturalmente y abordado teóricamente (Harvey, 1989: viii, 201-325). Por muy iluminadora que sea la interpretación de Harvey, su énfasis sobre el papel de mediador de la experiencia en el capitalismo y la cultura permanece extrínseco a las formas sociales expresadas por las categorías marxianas. Como resultado, carece de la dimensión epistemológica/subjetiva de estas categorías, lo que les permite tratar una gama más amplia de cuestiones relacionadas a formas de conocimiento y subjetividad. Por ejemplo, el enfoque que se basa en categorías puede referirse a otras teorías de economía o historia como expresiones de falsos reconocimientos que se encuentran arraigados como posibilidades en las propias formas sociales. Tal abordaje no sólo pretende explicar percepciones y teorías del mundo, como las de Smith y Ricardo o Hegel, como teorías que no se adecuan plenamente a sus objetos;¹⁰ también intenta fundamentar la posibilidad de la propia

¹⁰ Este enfoque no se limita al análisis de teorías, sino que también sirve de punto de partida para un análisis de cosmovisiones extendidas, de ideologías. Podría, por ejemplo, empezar a vincular la creciente división global de la sociedad capitalista en sectores posindustriales y sectores cada vez más marginados con el auge de la política de la identidad dentro de un marco posmoderno, por un lado, y varias formas de “fundamentalismo”, por el otro.

crítica. Esta última, por supuesto, se vincula a la cuestión de la generación histórica por el capitalismo de necesidades y sensibilidades que apuntan más allá del capitalismo. Entonces, un enfoque categorial de este tipo trata a las formas de subjetividad como intrínsecas a las propias categorías.

Las diferencias entre estos dos enfoques se vuelven más aparentes cuando uno considera la discusión de Harvey sobre posmodernismo y capitalismo. Su manera de vincularlos trata implícitamente al capitalismo como algo unidimensional. En otras palabras, Harvey no trata al capital como algo que apunta más allá de sí mismo, ni siquiera a medida que se auto-reconstituye. Es decir, no plantea la cuestión de si el posmodernismo también tiene un momento emancipador, aunque sea diferente del que se expresa por las autocomprensiones posmodernistas. Dentro de este marco que describo, el posmodernismo se podría entender como una suerte de postcapitalismo prematuro, uno que señala las posibilidades que se generan, pero no se realizan, dentro del capitalismo. A la vez, puesto que el posmodernismo no llega a reconocer su contexto, puede servir como una ideología de legitimación para la nueva configuración del capitalismo, del cual forma parte.

Esto plantea una cuestión más general con la que las teorías críticas del capitalismo tienen que lidiar. En una transición global del capitalismo más temprana, los marxistas a menudo opusieron la planificación general racional a la irracionalidad anárquica del mercado. Sin embargo, en vez de apuntar necesariamente más allá del capitalismo, tales críticas a menudo ayudaron a legitimar el capitalismo estadocéntrico resultante. De manera similar, la hipostasiación contemporánea de diferencia, heterogeneidad e hibridismo no apunta necesariamente más allá del capitalismo, sino que puede servir para ocultar y legitimar una nueva forma global que combina la descentralización y heterogeneidad de la producción y el consumo con una creciente centralización del control y una subyacente homogeneidad.

Sin embargo, cada una de estas posturas también tuvo un momento emancipador. La tarea difícil es separar conceptualmen-

te la dimensión emancipadora de las posibilidades generadas por el capitalismo de las formas no- o antiemancipadoras en las que se crearon. Una teoría crítica del capitalismo debería ser capaz de dilucidar, como formas de no-reconocimiento, abordajes que perciben como totalidad una dimensión de la vida social creada por el capitalismo. Al ocultar el núcleo subyacente del capitalismo como una forma de vida social, estos enfoques son emancipadores sólo en apariencia. Sus orientaciones críticas acaban por promover y legitimar la dominación del capital bajo nuevas formas, tales como el capitalismo estadocéntrico y el capitalismo posmoderno. Esto no significa que se debería ignorar el potencial emancipador de la coordinación social general o del reconocimiento de la diferencia; pero este potencial sólo se puede realizar cuando es asociado a la superación histórica del capital, que es el núcleo de nuestra forma de vida social.

A pesar de sus fortalezas, los diferentes enfoques formulados por Brenner, Arrighi y Harvey no logran dilucidar plenamente el núcleo histórico del capitalismo de manera que apunte hacia la posibilidad de su superación histórica. Sin embargo, ante la ausencia de este análisis del capitalismo, de un análisis que no se limite al modo de distribución pero que, aun así, pueda abordar los impulsos emancipadores expresados por el marxismo tradicional, por un lado, y por el posmodernismo, por otro. Nuestros modos de entender la emancipación seguirán oscilando entre una homogeneización general (ya sea efectuada a través del mercado o del estado) y el particularismo, una oscilación que reproduce las propias formas dualistas de la mercancía y el capital.

BIBLIOGRAFÍA

Arrighi, G. (1994). *The long Twentieth Century: Money, power, and the origins of our times*. London: Verso [(1999). *El largo siglo XX: Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal].

- Brenner, R. (1998). "The Economics of Global Turbulence: A Special Report on the World Economy, 1950-98". *New Left Review*, 229 [(2009). *Economía de la turbulencia global*. Madrid: Akal].
- Brenner, R. (1999). "Reply to Critics", *Comparative Studies of South Asia, Africa, and the Middle East*, XIX(2).
- Harvey, D. (1989). *The conditions of Postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Oxford: Basil Blackwell [(1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores].
- Marx, K. (1981). *Capital*, vol. 3, translated by D. Fernbach, Harmondsworth: Penguin Books. [1989. *El Capital, Tomo III*. México: Siglo XXI]
- Piore, M y Sabel, C. (1984). *The second industrial divide*. New York: Basic Books [(1990). *La segunda ruptura industrial*. Madrid: Alianza Editorial].
- Postone, M. (2003). *Time, Labor, and Social Domination*. Cambridge: Cambridge University Press [(2006). *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Marcial Pons].
- Tilly, C. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. New York: Russell Sage [(1991). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial].